

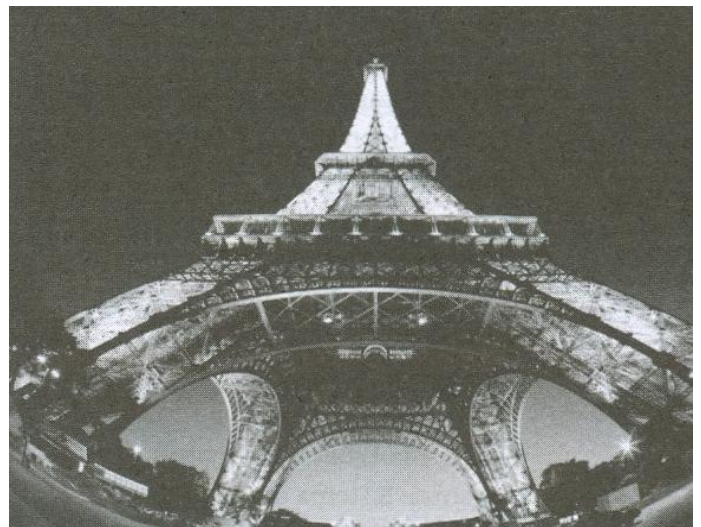
Una calle de París

Elkin Restrepo

Paris no olvida sus muertos, es lo que uno deduce después de encontrarse por todos lados el tributo anónimo de unas flores depositadas allí donde una sencilla placa recuerda a un caído en la guerra. No siempre están frescas pero tampoco faltan, y es de suponer que siempre ha sido así, desde un principio, cuando vencido el ejército nazi, se quiso hacer reconocimiento al sacrificio de sus vidas. Se las encuentra regadas por toda la ciudad en aceras y pórticos, antejardines y senderos, plazas y estaciones, indicando el lugar donde la Gestapo o el ejército nazi asesinó a un francés o, como lo advierte esta otra ubicada en una esquina del barrio latino, a un húngaro, uno más entre tantos extranjeros, que, luchando por la libertad, sufrieron destino igual. Y como es primavera y las flores son de mil colores, el suceso se torna inusitado, sobre todo si quien lo advierte es un forastero llegado de un país donde a sus muertos, tan numerosos y tristes, simplemente se les echa tierra y olvida.

En Clichy donde, si hacemos caso a los títulos de sus libros, Henry Miller pasó días muy tranquilos, está la Cité des fleurs, orgullo del lugar por sus elegantes casaquintas y vivaces

jardines, una pieza de un Paris aún más antiguo y elegante, que permite a sus residentes, por alguna canonjía rara, pues el caso no se repite con ninguna otra, a pesar de que calles preciosas y sosegadas como ésta hay muchas, cerrar y abrir sus puertas de hierro a cierta hora. A las seis de la tarde y seis de la mañana, para ser más precisos. Para el efecto, cada dueño tiene su llave, que procura no perder por razones obvias.



Caminarla no lleva mucho tiempo, son cinco o seis cuadras, entre cuyas rejas y espacios se advierten los ramos apretados de rosas, las capuchinas, glicinias, geranios, helechos, los tomates cerezas y frambuesos, y en los alféizares de las ventanas, como corroborando que la existencia es cosa realmente bella, las macetas de olorosas violetas. De pronto,

colocada en una columna de piedra, en el portal de uno de estos jardines delanteros, se advierte una placa de bronce donde se señala que, allí, en aquella casa, el 18 de mayo de 1944, fueron arrestados por la Gestapo los principales jefes del servicio de papeles falsificados del M.L.N (Movimiento de Liberación Nacional). “La señora Colette...ejecutada allí mismo. Los demás muertos en el destierro o en el campo de batalla”.

Pese a lo escueta, su lectura no deja de producir un estremecimiento. Hasta allí, hasta aquel lugar idílico, quién iba pensarlo, un día llegó la tragedia. Una mujer, qué interesante sería conocer su historia, fue asesinada por defender a Francia. No debió haber sido fácil descubrirla (os), ¿quién va a sospechar de un sitio como éste, donde la única preocupación al parecer era pasarla bien entre muros? ¿Cómo adivinaron que allí las cosas no eran tal como aparentaban y que una facción clandestina al mando de una dama audaz, de la cual sólo se conoce el alias, cumplía importantes labores de resistencia? ¿Un error imperdonable, un vecino locuaz, una delación? El cine bastante nos ha ilustrado con casos como éste.

Sobre la puerta, en el florero Médicis, el homenaje tácito: un ramo de Lys moradas, puestas ahí esta misma mañana. ¿Por quién? No se sabe, o sí sabe. Después de cavilar un instante, como cayendo en cuenta de lo que

esto significa en la atareada rutina parisina, un transeúnte, respondiendo a mis inquietudes, me dice que “él cree que es el gobierno el que se encarga de que las flores estén ahí siempre”.

Van bien las flores y el heroísmo, la primavera encendida y el recuerdo de los muertos, me digo, al pensar en todas aquellos otros cientos de ofrendas que en París, como homenaje permanente, manos desconocidas, así sean las oficiales, ponen una y otra vez, en memoria y agradecimiento de tantos que entregaron su vida para que la vida viviera.

**Elkin Restrepo. Poeta y cuentista, dirige actualmente la Revista Universidad de Antioquia. Ha publicado, entre otros, los libros: Retrato de artistas, Absorto escuchando el cercano canto de sirenas, La dádiva, Lo que trae el día, Fábulas, Sueños, El falso inquilino, La visita que no pasó del jardín, Amores cumplidos y Del amor, lo pasajero.*